

AÑEJO

José Manuel MARRERO HENRÍQUEZ

No me gusta el fútbol y no hago quinielas ni juego loterías, no compro boletos de la ONCE, no piso casas de apuestas y esos lugares, insoportablemente estridentes, que denominan de “juegos recreativos”, nunca han llamado mi atención. Me horrorizan, para decir claramente lo que pienso, y me dan lástima quienes allí pierden su tiempo. Ni siquiera en Navidad cedo. Y eso a pesar de que en el trabajo todos se animan a participar de un numerito de la lotería que si tocase me dejaría como el tonto del club, el asocial e individualista que ha recibido su merecido por no querer unirse al grupo. Yo me he mantenido en mi sitio, al margen y ausente de la historia colectiva. Y hasta la fecha la suerte me ha sonreído, pues los compañeros de trabajo nunca han comprado un número premiado y ni siquiera han disfrutado de un miserable reintegro.

Cada año y siempre lo mismo. Con el nacimiento de Cristo en ciernes el que no juega comete sacrilegio y pasa a ser un elemento extraño que hay que extirpar del tejido social. La radio, la televisión, la prensa avivan la presión ambiente y recuerdan una vez sí y otra también que se acerca el sorteo de lotería más importante del año y, entre villancicos, turrónes y champán, informan con insistente empecinamiento de las colas que hace la gente en las administraciones de referencia para conseguir tal o cual boleto terminado en tal o cual número.

La fe tiene un papel crucial en el juego, pero es en Navidad cuando esa fe se encarna en la mezcla extravagante del advenimiento del Cristo y del advenimiento de la lotería, y es por esa extravagancia que ahora se me ocurren dos versos asonantados en un ridículo pareado de fáciles endecasílabos:

Mientras pongo mi fe en la lotería
guardo la llegada del Mesías.

Mi padre no era un jugador empedernido ni tenía problemas de ludopatía, pero sí que compraba sistemáticamente su bonoloto y de vez en cuando su lotería y su cupón de la ONCE. En la bonoloto tenía la mala costumbre de apostar siempre a los mismos números. Una costumbre esclavizante. Cuando se juega una vez a un número y otra vez a otro, si se pierde, listo, no pasa nada; a otra cosa, mariposa. Pero si se juega siempre al mismo número entonces se acaba obligado a jugar siempre al mismo número y a temer que si por despiste o por una circunstancia adversa no prevista un día no se juega, pues precisamente ese día saldrá la combinación de números a la que se ha estado siempre

apostando y el apostante se quedará desolado y con lo puesto. Como para entrar en depresión, en Crack del 29. ¿O era del 27?

La probabilidad de que salieran los números en los que mi padre depositaba su fe era insignificante, ni trescientas mil vidas hubiesen sido suficientes para ganar, ni siquiera un infinito de vidas garantizaría que esas cifras combinadas fueran premiadas. Los números eran números, nada maravilloso escondían, pero mi padre encontraba en ellos una razón de ser de mágica combinatoria. Apostaba a una mezcla fragmentada de los guarismos de las fechas de su nacimiento, del nacimiento de su padre y de mi propio nacimiento, y tal vez incluyera también alguna cifra del aniversario de su boda, o algo así. Seguramente pensaba que esos números tenían la energía encerrada de las efemérides que representaban y que algún día esas potencias festivas encontrarían la salida natural en la suerte de la bonoloto o en el tambor gigantesco que gira lleno de bolitas en el sorteo de Navidad.

¿La presión de tanta fe contenida expulsaría por el esfínter del tambor los números deseados? ¿Cristo nacería de una virgen? ¡Tantas cosas extrañas que suceden porque sí! ¡Y tantas que suceden por la fuerza de la voluntad! ¡Tan inexplicable que es el universo! Muchos peregrinan a determinadas administraciones de lotería porque consideran que en ellas reside un porcentaje superior de suerte. Creen que porque allí se ha premiado allí se volverá a premiar. Hay quienes consideran que tal o cual número, pongamos el 9, o la terminación en 78, son especialmente afortunados y esos dígitos atraerán, más pronto o más tarde, un premio bien gordo. El 666 puede ser un número maldito, pero por eso mismo, tal vez, bendecido por la bonoloto. El 3 es la cifra de la Santísima Trinidad, el 7 es el número de días que Dios tardó en crear el mundo, y precisamente por esos motivos hay quienes no quieren ver una terminación en 3 o en 7 ni en pintura; el archiconocido número 13, por encarnar la mala suerte, divide las opiniones, y mejor no entrar en disquisiciones sobre cifras eróticas como el 69.

A mí siempre me ha parecido un número interesante el 00000, por su inverosimilitud, por el reto que supone comprobar si es posible que de la nada pueda surgir algo, como la Tierra emanó de la nada por voluntad divina, porque nadie cree en él y porque desde mi más tierna infancia he simpatizado con las causas difíciles y con las reivindicaciones de los humildes, y también porque desde mi más tierna infancia he sentido rechazo por las gominas envueltas en humo de habano con el codo sobre la ventanilla de un Mercedes Benz. Pero en fin, esos ya son otros asuntos.

No voy a decir que nunca juego, eso es mucho decir, no soy perfecto y he de admitir que alguna vez me ha tentado la suerte. Por ejemplo, voy andando por la Calle Mesa y López y de repente un vendedor de cupones de la ONCE llama mi atención diciendo en voz alta “el cuponazo” con un “sueldazo”. Normalmente no hago caso y sigo mi camino, pero alguna vez el poder de ese pareado consonante me puede y “total, son dos euros, si los pierdo no me voy a arruinar, y si gano, pues fíjate tú”. Así que a veces me paro y compro, eso sí, nunca muestro preferencia por un número, eso me recuerda al hábito esclavizante de mi padre; dejo al vendedor que escoja por mí, y cuando me sugiere un número siempre le digo que sí. Como para que sugiera un número y decir no, y luego va y el numerito sale premiado. Para tirarse de los pelos, en mi caso de los pelos que no tengo, pelos figurados.

El asunto es que, pensándolo bien, siempre he jugado algo, tal vez dos o tres veces al año, nunca más de cuatro o cinco, y siempre al cupón de la ONCE, con gastos nunca superiores a dos euros. Y a

la lotería tal vez juegue una vez cada dos años, más o menos. Pensándolo bien, en los últimos meses es posible que esa frecuencia de juego haya ido en aumento. De hecho hace un tiempo que me pregunto si el jugar estará asociado al envejecimiento. Sería ridículo hacerse millonario cuando ya la vida queda atrás y llega a su fin. Puestos a jugar, mejor joven, que si se da el golpe la vida queda adelante con su tiempo para disfrutar.

La relación del juego con la vejez me trae de cabeza. ¿He incrementado mi asiduidad de juego de manera significativa? ¿Es un hecho fehaciente y regular? ¿O acaso se trata de un espejismo o tal vez de un episodio transitorio? En cualquier caso he de reconocer que apuesto pequeñas cantidades y a la ONCE, boletos de dos euros máximo, así que en la ludopatía no he caído, estoy muy lejos de ello, pero al fin y al cabo, yo, que nunca he creído en el juego, estoy jugando. Y me pregunto si esto es ya un síntoma inequívoco de senilidad. Si así fuera, en lo que no voy a caer es en el error de jugar siempre a los mismos números, como hacía mi padre.

Lo recuerdo en el hospital, en la unidad de cuidados intensivos, a punto de morir, diciéndome que no dejara de echar los boletos con los números de siempre en la administración de siempre, El Gato Negro, en la calle Grau Bassas, no fuera a suceder que precisamente esos días que él no podía ir fueran a salir. Yo le decía que sí, que había echado el boleto pero que los números no habían sido premiados, lo cual no era verdad, pues en aquellas circunstancias lo último que yo tenía eran ganas de jugar a nada, pero él se lo creía, o tal vez hacía que se lo creía y me seguía el juego y me decía que al día siguiente no dejara de sellar el boleto. En la unidad de cuidados intensivos del hospital Dr. Negrín, ese boleto era, más que un boleto, un tema de conversación que nos unía a mi padre y a mí en los últimos estertores de las cosas de la vida cotidiana.

Depositar la esperanza de una vida mejor en la remotísima posibilidad de que un número salga premiado siempre me ha parecido una estupidez grande, propia de caracteres débiles. La vida hay que ganársela a pulso, con voluntad y trabajo, sudando la gota gorda, porque así lo conseguido será más apreciado y la felicidad por lo obtenido será mayor. Una suerte de remuneración moral como aquella agustiniana de conseguir descifrar una alegoría con esfuerzo para que así la recompensa sea excelsa y la lección mejor aprendida. Una recompensa vedada, además, a los herejes. Un numerito premiado es todo lo contrario, la banalidad hecha papel, el capitalismo de la vagancia, el humo de los héroes que nunca lo fueron.

Definitivamente creo que me estoy haciendo mayor, como uno siempre se está haciendo, y un signo inconfundible de ese proceso, más que las canas, la calva, la barriga, la triple barbilla o el dolor de músculos y articulaciones es el aumento de la frecuencia en la compra de boletos, signos exteriores de envejecimiento en los cuales exorcizo los estragos del tiempo, boletos con función de retrato de Dorian Gray en los que de manera creciente he ido poniendo la fe que nunca he tenido. ¿Alcanzaré el premio gordo precisamente el día de mi muerte? Por ahora me conformo con los dos o tres golpes de suerte menor que me han bendecido y que luzco en una peluca que engomino cada día y que visto, habano en mano, en mi Mercedes Benz, con el codo apoyado en la ventanilla. Pero no soy uno de ellos. Sigo siendo un ser simpatizante de las causas difíciles y de la justicia.